MI VIDA POR LA TUYA

Mi vida por la tuya. Libro 1 de la serie *Revenants*.

Título original: *Die for me. Revenants 1*.

© Amy Plum, 2011
© de la traducción: Irene Prat Soto

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra
Imagen de la cubierta: ©Monalyn Gracia/Corbis; ©Shelly Perry/iStock/Thinkstock

Primera edición: febrero de 2014

Depósito legal: B. 342-2014
ISBN: 978-84-15854-21-0

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

AMY PLUM

MI VIDA POR LA TUYA

Libros de seda

Para ti, mamá. Te echo de menos cada día.

Los que son amados no pueden morir,
pues el amor significa inmortalidad.

Emily Dickinson

Prólogo

La primera vez que vi la estatua de la fuente, no tenía ni idea de lo que era Vincent. Ahora, admirando la etérea belleza de las dos figuras conectadas —el precioso ángel de rasgos duros, oscuros, concentrado mirando a la mujer que sostenía entre los brazos, hecha de pura luz y delicadeza— se me hacía imposible no apreciar el simbolismo. La expresión del ángel parecía desesperada, incluso obsesiva, pero también tierna. Como si fuera él quien buscara la salvación a manos de la mujer, y no al revés. Y, de repente, el apodo que me había puesto Vincent apareció en mi cabeza: *Mon ange.* Mi ángel. Me estremecí, y no fue a causa del frío.

Jeanne había dicho que conocerme había transformado a Vincent, que le había dado «una nueva vida». Pero ¿acaso pretendía que salvara su alma?

Capítulo 1

Vivir en una ciudad extranjera sería el sueño de la mayoría de los jóvenes de dieciséis años que conozco. Pero, para mí, mudarnos de Brooklyn a París después de la muerte de mis padres lo fue todo menos un sueño hecho realidad. Más bien era una pesadilla.

En realidad, podría haber estado en cualquier parte del mundo y me habría dado igual; apenas prestaba atención a lo que me rodeaba. Vivía en el pasado, asiéndome desesperadamente a cada pequeño recuerdo de mi antigua vida. Una vida que había dado por sentada, creyendo que duraría para siempre.

Mis padres habían muerto en un accidente de tráfico, justo diez días después de que yo obtuviera el carné de conducir. Una semana más tarde, el día de Navidad, mi hermana Georgia decidió que abandonaríamos los Estados Unidos y nos iríamos a vivir a Francia, con nuestros abuelos. Yo todavía estaba demasiado aturdida como para discutir.

Nos mudamos en enero. Nadie pretendía que volviéramos al instituto de inmediato, así que nos dedicamos a dejar pasar los días, intentando sobrellevar la situación, cada una a su manera. Mi hermana mantenía la tristeza a raya con frenesí, a base de salir cada noche con los amigos que había hecho durante nuestras visitas veraniegas. Yo me convertí en pura agorafobia andante.

Había días que conseguía salir del apartamento y empezar a andar por la calle. Pero siempre acababa por echar a correr hacia la protección del hogar, alejándome del exterior, tan opresivo, donde parecía

que el cielo se me iba a caer encima. En otras ocasiones, me despertaba por la mañana y apenas tenía energía para llegar a la mesa, desayunar, y volver a la cama, donde pasaba el resto del día sumida en la pena, desconsolada.

Al final, nuestros abuelos decidieron que teníamos que pasar unos meses en su casa de campo. «Un cambio de aires», dijo Mamie, lo que me hizo recalcar que era imposible que el cambio en la calidad del aire fuera a ser más dramático que el que había entre Nueva York y París.

Pero, como de costumbre, Mamie tenía razón. Pasar la primavera al aire libre nos ayudó de manera extraordinaria, y a finales de junio puede que todavía fuéramos meros reflejos de nosotras mismas, pero ya éramos capaces de funcionar dentro de la sociedad y podíamos volver a París y al «mundo real». Si es que al mundo se le podía volver a llamar «real». Por lo menos tenía la oportunidad de empezar de nuevo en un sitio que adoro.

No cambiaría París en junio por ningún otro lugar del mundo. Aunque es el lugar en que he pasado todos los veranos de mi vida, la ciudad siempre me hechiza cuando paseo por sus calles en verano. Su luz es única. Parece como si la hubieran sacado de un cuento de hadas; la luminosidad, como creada con una varita mágica, da la sensación de que en cualquier momento podría ocurrir algo extraordinario y ni siquiera te sorprendería.

Esta vez era distinto. París era la misma de siempre, pero yo había cambiado. Ni siquiera el aire fresco y vivo de la ciudad conseguía penetrar la oscuridad que me envolvía. A París se la llama la Ciudad de la luz, pero, para mí, se había convertido en la de la noche.

Pasé la mayor parte del verano sin compañía, y enseguida me asenté en una rutina solitaria: desayunaba en el oscuro apartamento de Mamie y Papy, lleno de antigüedades, y pasaba las mañanas atrincherada en alguno de los pequeños cines parisinos que proyectaban películas clásicas durante todo el día o vagando por mis museos favoritos. Después volvía a casa y me dedicaba a leer durante lo que quedaba del día, cenaba, y me tumbaba en la cama a mirar el techo; cuando conseguía dormirme, me acosaban las pesadillas. Me levantaba por la mañana y repetía el ciclo.

Las únicas brechas en mi soledad las abrían los correos electrónicos de mis amigos de Estados Unidos. «¿Qué tal es la vida en París?», querían saber todos.

¿Qué podía decir? ¿«Deprimente»? ¿«Vacía»? ¿«Quiero que me devuelvan a mis padres»? En vez de eso, mentía. Les decía que era muy feliz viviendo en París. Que era una ventaja que Georgia y yo habláramos francés con fluidez, porque estábamos haciendo muchos amigos. Que me moría de ganas de empezar en el nuevo instituto.

No mentía para impresionarles. Sabía que sentían lástima por mí, y solo quería que se quedaran tranquilos, que no se preocuparan. Pero, cada vez que pulsaba el botón de enviar en el ordenador y releía lo que les había contado, me daba cuenta de las vastas distancias que había entre mi vida real y la que había inventado para ellos, lo que me deprimía aún más.

Al final caí en la cuenta de que, en realidad, no me apetecía hablar con nadie. Una noche estuve quince minutos sentada, con las manos sobre el teclado, pensando desesperadamente en algo positivo que pudiera contarle a mi amiga Claudia. Cerré la ventana del nuevo mensaje y, tras respirar hondo, eliminé mi cuenta de correo electrónico por completo. Gmail me preguntó si estaba segura de lo que iba a hacer. «Claro que sí», pensé mientras hacía clic en el botón rojo. Me quité un peso enorme de encima. A continuación, metí el portátil en un cajón de mi escritorio y no volví a encenderlo hasta que empezó el curso escolar.

Mamie y Georgia me animaban a salir y conocer gente. Mi hermana siempre me invitaba a ir con ella y su grupo de amigos a tomar el sol a la playa artificial que se encontraba a orillas del río, o a escuchar música en directo en los bares, o a los locales donde pasaban las noches de los fines de semana bailando. Con el tiempo, dejó de insistir.

—¿Cómo puedes salir de fiesta después de lo que pasó? —le pregunté a Georgia al final. Mi hermana permanecía sentada en el suelo, maquillándose frente a un espejo rococó bañado en oro que había descolgado de la pared y apoyado contra una estantería.

Mi hermana era muy guapa. Tenía el pelo de color rubio dorado y lo llevaba corto, con un peinado andrógino que solo podía quedarle bien a una cara con unos pómulos como los suyos. Tenía la piel blanca, suave y delicada, cubierta de pecas diminutas. Igual que yo, Georgia era alta. Al contrario que yo, tenía una figura espectacular. Yo habría matado por tener sus curvas. Mi hermana aparentaba ser una veinteañera, nadie habría sospechado que, en realidad, cumpliría los dieciocho en pocas semanas.

Georgia se volvió hacia mí.

—Me ayuda a olvidar —dijo, mientras se ponía máscara de ojos—. Me ayuda a sentirme viva. Estoy igual de triste que tú, Kitty Cat, pero esta es la única manera que he encontrado para lidiar con nuestras circunstancias.

Sabía que decía la verdad. Cuando pasaba la noche en casa la oía llorar en su habitación, sollozar como si le hubieran roto el corazón en mil pedazos.

—Andar como un alma en pena no te beneficia en nada —continuó Georgia, hablando con ternura—. Deberías pasar más tiempo en compañía de gente. Distraerte. Mírate —dijo, dejando el rímel de lado y acercándome hacia sí. Me hizo mirar hacia nuestro reflejo en el espejo.

Al vernos juntas, nadie diría que somos hermanas. Tengo el pelo castaño, largo y sin vida; la piel, que gracias a los genes de mi madre nunca se bronceaba, se me veía más pálida de lo normal.

Y mis ojos azules verdosos no se parecían en nada a los ojos seductores de mi hermana, con los párpados pesados y la mirada arrasadora. Mi madre decía que yo tenía los ojos almendrados, para mi disgusto. Preferiría que la forma de mis ojos evocara encuentros tórridos en vez de frutos secos.

—Eres preciosa —concluyó Georgia. Mi hermana, mi única admiradora.

—Ya, díselo a la multitud de muchachos que están haciendo cola en la calle —dije, con una mueca. Me aparté de ella.

—Bueno, no vas a encontrar novio a base de pasar las horas a solas. Y si no dejas de frecuentar cines antiguos y museos vas a acabar pareciendo una de esas mujeres del siglo diecinueve de tus libros,

que siempre acaban muriéndose de tuberculosis, o hidropesía, o sabe Dios qué. —Georgia se volvió hacia mí y añadió—: Escucha, dejaré de insistir en que salgas conmigo si me concedes un deseo.

—Llámame hada madrina —dije, intentando dedicarle una sonrisa pícara.

—Agarra tus malditos libros, llévatelos a la calle y siéntate en una cafetería. Al sol. O la luz de la luna, me da igual. Pero sal de aquí y llena de maravilloso y contaminado aire esos desaprovechados pulmones tísicos del siglo diecinueve. Rodéate de gente, por el amor de Dios, hazlo.

—Pero ya veo a gente... —empecé a protestar.

—Leonardo da Vinci y Quentin Tarantino no cuentan —me interrumpió Georgia.

Me callé.

Mi hermana se levantó y enlazó el brazo con la correa de su diminuto bolso, un modelo muy chic.

—No eres tú la que ha muerto —añadió—. Fueron mamá y papá. Y ellos querrían que vivieras.

Libros de seda